

Por lo demás, estos envíos continúan con bastante regularidad. En 1539, se habla de "un barril lleno de petróleo, sin agua y puro", y en 1540, los oficiales reales de Cubagua envían un tonel de petróleo al Consejo de Indias.

Por otra parte, esta industria petrolera de la isla de Cubagua vino a recibir pronto el golpe de gracia por razones ajenas a la voluntad de los oficiales reales que allí radicaban.

En efecto, si se dignaban tomar en cuenta seriamente la isla de Cubagua en las esferas oficiales, era sobre todo, como ya lo hemos dicho, a causa de la ostra perlera que en cantidades enormes se encontraba en las aguas de esta región. Ahora bien, la exploración desenfrenada de esta pesca trajo muy pronto el exterminio de los moluscos en los alrededores de la isla. Ya en febrero de 1538 el tesorero Castellanos, de Cádiz, decía que "cada día se encuentran menos perlas". Y algunos meses después, una invasión de tiburones trajo por consecuencia la muerte de numerosos pescadores —en menos de cinco días, los tiburones devoraron a una docena— y la pesca de la perla se resintió a tal punto, que a principios de 1539, la mayoría de los pescadores de Cádiz de Cubagua se transportaron al Cabo de la Vela, en donde unos indios habían descubierto, en el curso de una exploración, bancos muy ricos en ostras.

Al cabo de dos o tres años, la ciudad y puerto de Cádiz de Cubagua se despoblaron enteramente. El éxodo de la población, inútil decirlo, hizo caer en el olvido las fuentes del "aceite llamado petróleo", que tan solicitadas habían sido por los cortesanos de Madrid que curaban con este aceite sus enfermedades de la piel.

Este olvido, sin embargo, no fue total. La prueba de ello se tiene en que Juan López de Velasco, autor de la célebre *Geografía y Descripción Universal de las Indias* (escrita en 1575, pero editada hasta 1894, en Zaragoza), refiriéndose a la isla de Cubagua, dice esto: "Existe en el extremo oriental de esta isla, un manantial de donde mana un líquido muy curioso, semejante al aceite, pero que tiene un olor penetrante bastante desagradable."

Es esta la última mención que se halla de una fuente de petróleo en el nuevo continente, mención hecha, como ya lo dijimos antes, en la enumeración del monje francés Joseph de la Roche d'Aillon.

Los yacimientos de Cubagua debían permanecer ignorados o por lo menos descuidados, hasta que, a principios del siglo XX, exploraciones científicas vinieron a determinar la enorme riqueza petrolífera de la región. Yacimientos análogos fueron descubiertos en la isla de la Trinidad y en el Archipiélago, a lo largo de la laguna de Maracaibo (región en que precisamente se encuentra la isla de Cubagua). Y actualmente les ha llegado su turno a las ostras perlíferas, por lo que se refiere al abandono en que se encuentra su explotación, en virtud de que los millares de barriles de petróleo que suministra Cu-

bagua valen efectivamente muchísimo más que las pequeñas esferas brillantes que se encuentran en el interior de las ostras y de que hoy la moda hace muy poco caso, por la enorme difusión que han logrado las "perlas llamadas de cultivo".

(De Lu, París.)

Palabras a la juventud

Por ROMAIN ROLLAND

MI primera palabra a los jóvenes es: ACTUAR. Y el primer enemigo que combato, es el *¿para qué?* porque sé cómo roe las energías jóvenes.

Hay dos clases de *¿para qué?*; unos lo dicen por orgullo; otros, por debilidad. Y los dos son impotencia. Pero el más pernicioso es el primero, porque de su vicio se envanece. Es la enfermedad de una casta intelectual que se niega a la acción de los hombres y a sus leyes, porque le parecen atentar contra sus privilegios, porque limitan sus derechos y la humillan. Esta falsa *élite* desconoce, o deforma, las palabras del gran Goethe: "El hombre alcanza la certeza de su propio ser, en cuanto que reconoce al ser ajeno a él como su semejante, y como sujeto a las mismas leyes". Se aísla y se encierra en lo que llama su *libertad* —esa jaula suspendida entre cielo y tierra, donde se pavonea, esterilizado, su *pensamiento puro*.

¿Es acaso posible encerrarse, aislarse de la época poderosa que nos rodea, del torrente de vida que abre la brecha de una nueva era? ¡Qué miserable orgullo! ¡Y qué vergüenza!

El otro *¿para qué?*, es el vicio contrario; la humildad, a base de un complejo de inferioridad. Esos jóvenes, cansados antes de vivir, han contemplado con mirada inquieta el campo de batalla contemporáneo y las masas enormes que en él chocan de continuo; se espantan de su debilidad, y se desprecian: "¿Qué podrían hacer? ¿Qué podemos realizar...?" Muy poco, en efecto, si cada uno de nosotros permanece aislado. Pero el gran hecho nuevo de esta hora del mundo es que ya nadie está aislado, salvo el que quiere estarlo (y aun los que quieren, se engañan, pues a su pesar son arrastrados por la corriente)... Cada uno de nosotros es más que un hombre; cada uno de nosotros, compañeros, es un millón, es un pueblo en marcha; y con esos millones, con esos pueblos en marcha, van nuestros dioses, nuestros ideales, los más altos que jamás hayan guiado a las multitudes humanas.